



Queridos Salesianos:

El día 21 de octubre, a las 4,30 de la tarde, inclinaba suavemente la cabeza sobre su cuerpo diciéndonos que había muerto, nuestro hermano sacerdote

DON HONORINO TEJEDOR

Después de varios días de mucho sufrimiento y con respiración fatigosa, pasó unas horas tranquilas. Fueron las horas que precedieron a su muerte. Se nos fue a la casa del Padre mientras su hermana, su sobrina y 5 salesianos rezábamos el Rosario en su habitación. Llevaba ya dos días y medio en la clínica I.C.E. de la calle San Bernardo en Madrid.

Descanse en paz don Honorino, un salesiano cuya vida va unida en la mente de los que le conocieron durante muchos años y de los que le conoci-

mos durante pocos meses al dolor agudo y prolongado. El solía hablar en sus últimos días de «sus Bodas de Plata ya cumplidas con la enfermedad».

Dejó escritas muchas cosas sobre su vida, su trabajo y sobre los diversos lugares donde trabajó. De todo esto me sirvo para escribiros esta carta.

«En un lugar, lejos de la capital de la provincia, está mi pueblo natal cercado por dos ríos y por fuentes que manan agua clara y cristalina, donde beben sedientos los hombres cuando vuelven del campo de realizar sus faenas y recoger los frutos de su mies. Allí nací yo en el mes de abril de una alegre primavera...».

Su pueblo fue Collazos de Boedo en la provincia de Palencia. Aquel mes de abril fue el del año 1921.

El contacto con el dolor fue muy temprano: «Pronto murió mi padre y, como dijera a Juanito Bosco Mamá Margarita "ya no tienes padre", así me dijo mi madre, estrechándome en el regazo y junto a su corazón. Oí una lastimera frase referente a verme huérfano, desasistido y amparado únicamente de la madre...». En los primeros años sólo supe de amargura de perder a mi padre, una nostalgia grande y una pérdida irreparable en mi corta juventud. Mi padre fue un modelo de familia... Tenía entonces Honorino 5 años y su padre 34. Quedaron en su familia 3 hermanos y 2 hermanas que fallecieron siendo de corta edad, añadiendo más dolor a su vida.

En sus «Memorias» menciona mucho al párroco de su pueblo, considerándose su monaguillo preferido. En el fondo de su devoción a la Virgen, de su afán misionero y de su vocación religiosa está el sacerdote de su pueblo. Y también influyó en su vocación religiosa.

El año 1934 ingresó en el aspirantado de Astudillo, Palencia. Cuatro años después, el 29 de agosto de 1938 va a San José del Valle, definido por él como «lugar de mi nacimiento». Allí encontró a salesianos de gran valía que le contagiaron de amor a don Bosco y a la Virgen Auxiliadora y de ansias de hacer el bien. Entre ellos estaba don Manfredini, don Felipe Palomino, don Francisco Villanueva, don León Cartosio...

Eran años difíciles política, religiosa y económicamente hablando. No abundaba la comida, ni las comodidades. Pero fueron años felices plenos de entusiasmo salesiano y anhelos de entrega al Señor en la Congregación. «Fueron tiempos en los que trabajé mucho y sonreía con frecuencia».

De San José del Valle a Carabanchel. Su nuevo destino será trabajar con los aspirantes que había entonces, algunos de los cuales eran ya de edad su-

perior a la suya, puesto que habían perdido unos años preciosos por causa de la guerra.

Estudió la Filosofía por libre. Los superiores se mostraron muy satisfechos de su labor con los aspirantes. Pero su estancia en Carabanchel fue corta. «Dejé Carabanchel, no por destino ni por carta de obediencia; fue una venada, como una idea fija, una ocurrencia mía, y fui con gusto a la ciudad de Salamanca». De Salamanca a Béjar para su primer año de trienio y vuelta a Salamanca donde pasaría dos años enteros. El constató inmediatamente que tampoco allí había muchas comodidades y sí mucho trabajo. Le llamó la atención la gran unidad que reinaba entre los trienales; había una gran tranquilidad en el colegio; se trabajaba mucho y bien. Unidad, tranquilidad y trabajo, junto con un buen ejemplo de piedad y una alegría desbordante. «Todo esto, reconocerá en sus Memorias, me ayudó mucho en algunos momentos».

Mostró un carácter abierto, alegre, simpático y esto mismo lo quiso para sus hermanos, entregándose a obras de caridad y a visitar con frecuencia a los que caían enfermos en casa. De estos dos años es esta frase suya: «La enfermedad fue mi segunda vocación».

Acabados sus años de enseñanza en Salamanca vuelve a Carabanchel. Allí encontró como personal de la casa a don Juan Castaño, don Pablo Rodríguez, don Ambrosio Díaz, don Anastasio Crescenzi, don «Pepito», don José Luis Bastarrica... «Todos ellos buenos y ejemplares».

A sus estudios de Teología añadió su trabajo de maestro en la escuela elemental adjunta al teologado en aquellos años. El ideal es la vida, decimos, y la vida sin ideal no merece la pena vivirla. Pero el ideal no se logra en un solo día. Honorino no se detuvo, aunque tuvo que superar dificultades reconocidas como «preocupantes». No pactó ni con la pereza ni con la apatía.

Pasó los veranos de estudiante de Teología ayudando en el colegio de Atocha, atendiendo a grupos de chicos en las Navas del Marqués y en Salamanca. Ya cercano el día de su ordenación sacerdotal escribió: «Ya marchó hacia arriba; me siento escogido por Dios, pues sólo llegan los escogidos. Sé que el sacerdote es hombre víctima; ya no sé evadirme de la presencia de Dios»... Sus manos fueron consagradas, sacerdote para siempre, el 20 de junio de 1948 en la iglesia de las «Hermanitas de los Desamparados», preparada con multitud de flores y luces alumbrando el altar, como para aumentar la alegría, la emoción y el fervor de los 12 nuevos sacerdotes.

Pocos días después de su ordenación, estando todavía en Carabanchel, recibió de don Emilio Corrales su nuevo destino: Ser de los pioneros del cole-

gio de San Fernando para trabajar con aquellos niños tan abandonados, sin padres, sin enseñanza... y ganarlos, conquistarlos para Dios y para la sociedad. En cuanto pudo, se dio una vuelta por San Fernando, sin darse a conocer. Su impresión fue desagradable y pensó que era poco lo que se podía hacer por allí. Pero... ¡también los primeros chicos que recogió don Bosco eran del mismo estilo!

El 29 de junio celebró su primera misa en su pueblo natal. Aquí volverá con frecuencia a predicar al pueblo la novena de su patrona.

En el colegio de San Fernando estuvo en dos ocasiones: del 1948 al 1951 y del 1960 al 1980. En total, 23 años, aunque no seguidos. La entrada y los primeros meses en el nuevo colegio fueron difíciles. Allí, junto con don Alejandro Vicente, don Estanislao Glauer como sacerdotes y acompañados por algunos coadjutores y teólogos, comenzó una nueva etapa de su vida. Aquí tuvo momentos de grandes desilusiones y «tragedias», dirá él. Pero fueron superados por la alegría y la constatación clara del resultado altamente positivo de su trabajo. Allí dieron la batalla y cantaron victoria. El, como los demás salesianos, estuvieron dispuestos a la lucha, a la batalla día tras día sin desfallecer. Triunfar con aquellos chicos fue arduo, pero estaban seguros de la victoria. ¡Qué contento se sentiría al ver a lo largo de 23 años cómo daba fruto la semilla sembrada allá por el año 1948 entre dolores, incomprensiones, críticas, espinas punzantes, trabajo excesivo, oración constante y confiada! ¡Qué pena al dejarlo en 1980 por el temor a que se malograsen los frutos o se arrancase la semilla!

«Me produjo un poco de tristeza, dice, mi cese en San Fernando para ir a ocupar otro cargo: Director de Béjar. En este colegio pasó un año escaso, pues el 2 de octubre de 1952 ingresó en el sanatorio S.E.A.R. de Madrid con una infección pulmonar. Fueron meses de sufrimiento, aislamiento y de un profundo dolor moral al no sentirse comprendido. Se dedicó con seriedad y entusiasmo a visitar a los enfermos y hacerles de "ángel consolador"».

Y del S.E.A.R. fue enviado al sanatorio Iturralde donde las Hermanas de la Merced le dieron una habitación, que sería para él morada tranquila durante dos años, y le cuidaron con esmero. También aquí se dedicó a hacer apostolado entre los enfermos según se lo iban permitiendo sus fuerzas. Poco a poco, gracias a su energía y a su fuerza de voluntad, fue venciendo la enfermedad y, al cabo de dos años, fue dado de alta. Era el 25 de enero de 1955.

Terminó su estancia en el Sanatorio pero esto fue solamente recorrer una estación más de su viacrucis de dolor. Todavía le quedaban otras muchas.

Tras cuatro años plenos de trabajo salesiano y de ilusión en el colegio de Huérfanos de Ferroviarios y de un año corto en el Politécnico, llamado entonces «Automovilismo», fue destinado al colegio de San Fernando por segunda vez. Los primeros meses estuvo convaleciente; seguía teniendo de vez en cuando vómitos de sangre que le alarmaban... Se dedicó a estar generosamente con los chicos en los recreos y a dar algunas clases de teología moral a jóvenes sacerdotes. Un año lo hizo en Atocha, otro en Estrecho y otro en La Paloma.

En el verano del año 1964 recibe una encomienda especial: encargarse de la administración de la FERE. A juzgar por las impresiones de los que le conocieron en este trabajo o trabajaron con él, don Honorino desempeñó su misión de modo muy satisfactorio, mostrándose muy activo e interesado en la solución de los múltiples problemas que presentaba su cargo. No dejó una de sus ocupaciones favoritas: predicar triduos, novenas, ejercicios espirituales en colegios... ofrecerse para confesar, decir siempre «sí» cuando se trataba de un trabajo sacerdotal...

Durante este tiempo colaboró también con la Confer, lo que le supuso más trabajo, más preocupaciones, más viajes, más reuniones, más consancio. Su salud no era buena, aunque externamente pareciese lo contrario. Tras cuatro largos años en su trabajo le sobrevino otra enfermedad y tuvo que abandonar todo. Una trombosis cerebral le dejó con serios problemas en la pierna y brazo derechos y con dificultades en el hablar. Fue el 3 de noviembre de 1969.

Creo que a partir de entonces una obsesión le acompañó hasta su muerte: la incomprensión. Uno de los capítulos de sus «Memorias» lo tituló así: «Yo, un incomprendido». El se consideró como un hombre cargado con la cruz de la incomprensión. Sabemos que hay dos cosas a las que ninguno es insensible y son la ingratitud y la incomprensión. En su obsesión tuvo que sufrir por las dos cosas. La peor enfermedad es el sentimiento de ser rechazado. Y así se consideró don Honorino, a pesar de que siempre hubo hermanos que le atendieron con cariño y sacrificio.

Es cierto que el dolor se adhiere al enfermo y le hiere. Es algo de lo que todos vamos huyendo. Sin embargo, es una experiencia y tiene un alto valor positivo y redentor. ¡Qué misterio se oculta en el espíritu de cada enfermo! El rechazo que hacemos del dolor y del sacrificio nos suele llevar a rechazar y huir de los enfermos. Los amantes de la mortificación, el trabajo y el sacrificio suelen ser también amantes de los enfermos.

El trato que hayamos dado a los demás y, en particular, a los enfermos, será sin duda alguna, una de las asignaturas más fuertes de las que tendremos que examinarnos a lo largo de la vida con un examen final en el último día.

Para don Bosco los enfermos eran algo así como una «especie de mediación pascual». Atraen las bendiciones de Dios sobre la casa y la Inspectoría.

Estoy seguro de que el Señor ha bendecido a esta casa del Paseo de Extremadura con la presencia de don Honorino durante 4 años, hasta el 21 de octubre en que nos dejó. Una cirrosis galopante acabó con su vida tras muchos días de sufrimiento.

Tres cosas quiero resaltar para nuestra edificación:

1.—Le vi decir Misa, y con mucho fervor, hasta el día en que cayó en cama para no levantarse más. Se preocupó grandemente de atender a los fieles en el confesonario hasta que ya no pudo más. Y confesaba mucho y a mucha gente de esta parroquia. Algunos de sus penitentes han hablado abiertamente de sus ideas claras y de sus consejos sabios y piadosos.

Esto ha sido algo constante en su vida y no sólo en los pocos meses que he vivido con él y lo he podido experimentar. Eucaristía y Penitencia: dos pilares de nuestro Sistema de educación poco apreciados o minusvalorados el día de hoy en beneficio de no sé qué valores de la psicología, la autorrealización, la libertad... Muchas veces habla en sus Memorias de los esfuerzos que tuvo que hacer para no dejar nunca su meditación diaria, el rezo del Rosario, el breviario, su confesión frecuente..., en medio de una vida tan atareada como fue la suya durante muchos años.

Estaba convencido de que las cosas de Dios son fundamentales y, a veces, las hacemos a la buena de Dios. No suelen salir bien las cosas de Dios cuando se hacen a la buena de Dios.

2.—Su amor a la Virgen y su afán por darla a conocer son reconocidos por todos los que han vivido con él. Predicó mucho y bien sobre la Virgen, ofreciéndose con generosidad o aceptando la invitación a predicar tanto en su pueblo y pueblos cercanos como en colegios y comunidades.

Los que le conocían bien solían decirle cuando ya estaba mal: «Honorino, vamos a rezar a la Virgen Auxiliadora a la que tanto amas y de la que tanto y tan bien has hablado». Es otro valor al que nos invita el hecho de vida y la muerte de don Honorino; hemos de recuperarlo o incrementarlo si queremos ver milagros en nuestro trabajo de educadores salesianos.

3.—Su sufrimiento. Sufrió mucho y durante muchos años, tanto física como moral y psíquicamente. No se le podía consolar suficientemente, aunque uno se esmerase al máximo. Nosotros no hemos sido capaces de medir sus pe-

nas. Dios sí es capaz y lo habrá hecho con generosidad porque Dios es muy sensible al dolor humano. «La escuela de la enfermedad me ha enseñado que sólo sabe amar quien sabe sufrir», escribió él.

Así me escribió don Emilio Corrales que le conoció bien: «... se siente mucho la desaparición de los hermanos particularmente de los que, como éste, trabajaron siempre con muy buena voluntad, siendo en todo momento un salesiano ejemplar y muy responsable para cumplir el cometido que la obediencia le señalara. De mis relaciones fraternales con él guardo muy gratos recuerdos, debiendo agradecerle la generosa colaboración que siempre prestó como Director, como profesor, como salesiano de buen espíritu».

Recordémosle en nuestras oraciones. Que su vida y su muerte nos animen a vivir en plenitud nuestra vocación salesiana.

Os pido una oración por esta comunidad del Paseo de Extremadura que más directamente ha sido afectada por la vida y la muerte de don Honorino. Y también una oración por el que se profesa vuestro afmo. en Cristo,

ANGEL IZQUIERDO GONZALO

Director

DATOS PARA EL NECROLOGIO: Nacido en Collazos de Boedo (Palencia) el 21 de abril de 1921; muerto en Madrid (Paseo de Extremadura) el 21 de octubre de 1984; a los 45 años de profesión y 36 de sacerdocio.

